

LECTIO DIVINA FELIZ DIA DE LAS MADRES

CUARTO DOMINGO DE PASCUA DOMINGO DEL BUEN PASTOR OREMOS POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES Y RELIGIOSAS especialmente para los Misioneros de San Carlos / Scalabrinianos

(11 de mayo 2025)

Hech 13, 14.43-52

Sal 99

Apoc 7,9.14-17

Jn 10,27-30

TEMA

El cuarto domingo de Pascua es considerado el “**Domingo del Buen Pastor**”, porque cada año, en este domingo, se nos invita a escuchar un extracto del capítulo 10 del Evangelio según Juan, en el que se presenta a Jesús como el “Buen Pastor”. Éste es, pues, el tema central que la Palabra de Dios nos propone hoy para nuestra reflexión.

El Evangelio presenta a Cristo como el buen y verdadero Pastor, que ama a sus ovejas y conoce a cada una de ellas. Quien quiera formar parte del rebaño de Jesús debe escuchar sus instrucciones, aceptar sus propuestas y estar dispuesto a seguirlo. Jesús los conducirá a donde está la verdadera vida y nunca permitirá que sus ovejas, esas ovejas que Él tanto ama, le sean robadas.

La primera lectura nos habla de personas que adoptan actitudes diferentes ante la propuesta que les presenta el Pastor (Cristo). De un lado están las “ovejas” cómodamente instaladas en sus certezas, en su orgullo, en sus viejas seguridades, en su autosuficiencia, que se niegan a pertenecer al rebaño de Jesús; Por otro lado, hay ovejas interesadas en escuchar la voz de Jesús y dispuestas a seguirlo hasta los pastos de vida abundante. Es esta última actitud la que se nos propone.

La segunda lectura nos muestra el reencuentro final de Jesús con sus ovejas. Aquellas ovejas que escucharon la voz de Jesús y lo siguieron, vencieron la injusticia, la violencia y la muerte. Al final de su viaje por la tierra, encontraron a Jesús, el Buen Pastor; con Él accederán eternamente a las fuentes de agua viva.

Hechos 13, 14.43-52

En aquellos días, Pablo y Bernabé prosiguieron su camino desde Perge hasta Antioquía de Pisidia, y el sábado entraron en la sinagoga y tomaron asiento. Cuando se disolvió la asamblea, muchos judíos y prosélitos piadosos acompañaron a Pablo y a Bernabé, quienes siguieron exhortándolos a permanecer fieles a la gracia de Dios.

El sábado siguiente, casi toda la ciudad de Antioquía acudió a oír la palabra de Dios. Cuando los judíos vieron una concurrencia tan grande, se llenaron de envidia y comenzaron a contradecir a Pablo con palabras injuriosas. Entonces Pablo y Bernabé dijeron con valentía: "La palabra de Dios debía ser predicada primero a ustedes; pero como la rechazan y no se juzgan dignos de la vida eterna, nos dirigiremos a los paganos. Así nos lo ha ordenado el Señor, cuando dijo: Yo te he puesto como luz de los paganos, para que lleves la salvación hasta los últimos rincones de la tierra".

Al enterarse de esto, los paganos se regocijaban y glorificaban la palabra de Dios, y abrazaron la fe todos aquellos que estaban destinados a la vida eterna.

La palabra de Dios se iba propagando por toda la región. Pero los judíos azuzaron a las mujeres devotas de la alta sociedad y a los ciudadanos principales, y provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé, hasta expulsarlos de su territorio.

*Pablo y Bernabé se sacudieron el polvo de los pies, como señal de protesta, y se marcharon a Iconio, mientras los discípulos se quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo.. **Palabra de Dios***

AMBIENTE

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas centra su reflexión en el “*tiempo de la Iglesia*”: el “tiempo” en el que la propuesta de salvación de Dios fue presentada al mundo por los discípulos de Jesús, animados y guiados por el Espíritu.

En las primeras páginas del libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 1,12-6,7), la mirada de Lucas se centra en la comunidad cristiana de Jerusalén y en el testimonio que los cristianos de esa ciudad dan a sus conciudadanos. Luego, con la muerte de Esteban y las crecientes dificultades que los cristianos de Jerusalén encontraban para testimoniar su fe, la comunidad se dispersó por Samaria y las regiones vecinas, permitiendo que el Evangelio llegara a otros lugares (cf. Hch 6,8-12,25).

Desde aquí, el mensaje cristiano cruzó rápidamente las fronteras palestinas y comenzó a llegar al mundo grecorromano. El mayor “responsable” de esta maravillosa hazaña fue un cristiano de origen judío, llamado Pablo. Nacido en Tarso (cf. Hch 21,39), en la región de Cilicia (actual Türkiye), Pablo era hijo de judíos de la tribu de Benjamín (cf. Rm 11,1; Flp 3,5). Fue educado en Jerusalén y tuvo como maestro a Gamaliel (cf. Hch 22,3), famoso maestro judío que enseñó en Jerusalén entre los años 20 y 50. Pablo, judío convencido, después de perseguir a los cristianos en Jerusalén, se encontró con Jesús cuando iba a Damasco a arrestar a los cristianos de aquella ciudad. Su vida cambió por completo después de ese encuentro. Convertido a Jesús, Pablo fue a Jerusalén y de allí, por invitación de Bernabé, pasó a Antioquía de Siria, donde había una gran comunidad cristiana.

La gran aventura misionera de Pablo comenzó alrededor del año 46, cuando la comunidad cristiana de Antioquía de Siria, ansiosa por difundir más la Buena Nueva de Jesús, decidió enviar a dos misioneros (Bernabé y Pablo) a evangelizar. Entre 13,1 y 15,35, el autor de los “Hechos” describe el “envío” de los misioneros, el viaje, la evangelización de Chipre y de Asia Menor (Perge, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Derbe) y los problemas que plantea a la joven Iglesia la afluencia masiva de gentiles.

El texto que la liturgia de este IV Domingo de Pascua nos propone como primera lectura refiere un episodio del primer viaje misionero de Pablo y Bernabé. Al llegar a Antioquía de Pisidia, ciudad situada en el interior de Asia Menor, los dos apóstoles se dirigieron a la comunidad judía reunida en la sinagoga. Invitado a hablar, Pablo pronunció un largo discurso en el que presentó la propuesta de Jesús a los judíos allí reunidos (cf. Hch 13,16-41). Sus palabras sorprendieron a todos; y los presentes pidieron que, el sábado siguiente, volviera a la sinagoga para continuar explicando el anuncio que había traído. Nuestro texto se refiere a la llegada de Pablo y Bernabé a la ciudad (v. 14) y a la reacción al discurso de Pablo en aquel primer sábado (v. 43). Luego describe la reacción de los judíos cuando Pablo y Bernabé se presentaron nuevamente en la sinagoga el siguiente sábado (vv. 44-52).

MENSAJE

El hecho de que un gran número de personas acudieran a la sinagoga de Antioquía de Pisidia para escuchar la predicación de Pablo provocó los celos de los líderes judíos (v. 44). Pero la reacción negativa de estos dirigentes al testimonio de Pablo resultó sobre todo de la autosuficiencia que los caracterizaba: convencidos de sus verdades, considerándose los únicos intérpretes autorizados de Dios, no estaban dispuestos a acoger la novedad que se les anunciaba (v. 45). ¿Qué debemos hacer entonces ante la propuesta de salvación que Dios ofrecía a través de la obra misionera de Pablo y Bernabé? ¿Se desperdiciaría? Pablo tenía una respuesta clara: puesto que los judíos rechazaban la salvación que se les ofrecía, había llegado el momento de presentar la misma propuesta a los paganos. De hecho, Pablo sabía lo que, algunos siglos antes, Dios había dicho a través del Deuteronomio Isaías: *«Te he puesto como luz de las naciones, para que seas la salvación hasta los confines de la tierra»* (v. 47; cf. Is 49,6); y sintió que su misión sería llevar a cabo este proyecto. El Evangelio de Jesús estaba ahora en condiciones de saltar más allá de los estrechos límites del mundo judío para convertirse en una propuesta de salvación para personas de todas las razas, todas las culturas y todos los lugares. Los paganos, a su vez, acogieron esta decisión con gran alegría: Dios los invitaba a unirse a su familia; y aceptar esta invitación le abrió perspectivas completamente nuevas sobre la vida y la plenitud (vs. 48-49).

Lucas añade, para concluir este episodio, que los dirigentes judíos buscaron crear un movimiento de opinión pública contra Pablo y Bernabé. *“Instigando a algunas de las más distinguidas mujeres*

devotas y a los hombres principales de la ciudad”, lograron incluso que expulsaran a los dos apóstoles (vs. 50-51). Pablo y Bernabé se vieron obligados a abandonar Antioquía de Pisidia; Sin embargo, la semilla fue plantada. La gente permaneció en la ciudad, llena “de alegría y del Espíritu Santo”, que había abrazado la fe y estaba dispuesta a caminar con Jesús (v. 52). En cuanto a Pablo y Bernabé, sin dejarse desanimar, continuaron la misión que Dios les había confiado. Fueron a otras ciudades de Asia Menor (Iconio, Listra y Derbe), para seguir dando allí testimonio de Jesús.

ACTUALIZACION

* Los dirigentes de la comunidad judía de Antioquía de Pisidia, a pesar de su historia y tradición religiosa, expresaron una total falta de voluntad para dejarse cuestionar por Dios. Cómodamente instalados tras sus verdades inmutables, atados a sus leyes y tradiciones, aferrados a su orgullo y autosuficiencia, convencidos de sus prerrogativas como “pueblo elegido”, pensaban que su salvación ya estaba asegurada. Cuando Dios apareció en su camino para presentarles nuevos desafíos y proponerles cambios, no reconocieron su voz. Se hicieron sordos a las indicaciones de Dios. Nosotros, creyentes del siglo XXI, no estamos libres de caer en algo similar: habiendo instaurado una fe “tibia” y poco exigente, envueltos en una religión hecha de ritos y fórmulas externas que no cambian nada en nuestra vida cotidiana, paralizados por el miedo a poner en peligro nuestra comodidad y seguridad, perdemos poco a poco la capacidad de escuchar a Dios. Y cuando Dios nos “visita”, ignoramos sus llamados e instrucciones, porque no queremos cambiar, convertir nuestro corazón, ni arriesgarnos a nuevos caminos. ¿No nos ha pasado esto nunca a nosotros? ¿Cómo reaccionamos a las llamadas de Dios a la conversión, a un compromiso más serio, a una vida más coherente con el Evangelio?

*Los “paganos” de los que habla esta lectura están completamente abiertos a recibir la salvación. Son personas sedientas de Dios, que buscan una vida más auténtica y que aceptan el reto de seguir a Jesús. De alguna manera representan a todos aquellos que se sienten profundamente agradecidos por el amor y la misericordia de Dios, aquellos que están dispuestos a abrazar con todas sus fuerzas los desafíos que Dios les presenta. Representan también a aquellos que, aun teniendo una historia personal complicada y un camino de fe no siempre ejemplar, están abiertos a la novedad de Dios y se dejan interpelar por Él. ¿Nos sentimos dispuestos a abrazar la eterna novedad de Dios que nos espera en cada curva del camino de la vida? ¿Aceptamos vivir en una dinámica de conversión que nunca termina? ¿Estamos dispuestos a dejar que Dios re programe nuestras vidas según Su plan cada “hoy”?

*Pablo y Bernabé, expulsados de la ciudad a causa de su testimonio acerca de Jesús, no se desanimaron ni se dejaron desanimar. Estaban convencidos de que tenían en sus manos un tesoro al que no podían renunciar. “Sacudieron el polvo de sus pies” contra quienes los rechazaban y enseguida fueron a llevar el Evangelio a otras personas, a personas dispuestas a aceptar el proyecto de Jesús. ¿Cómo afrontamos las dificultades, las incomprensiones y los rechazos que encontramos cuando damos testimonio de Jesús? ¿Renunciamos o renovamos nuestra decisión de ser heraldos de Jesús y de la propuesta de salvación que Él vino a traer?

SALMO 99

R. El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Aleluya.

Alabemos a Dios todos los hombres,
sirvamos al Señor con alegría
y con júbilo entremos en su templo.

R. El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Aleluya.

Reconozcamos que el Señor es Dios,
que él fue quien nos hizo y somos suyos,

que somos su pueblo y su rebaño.

R. El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Aleluya.

Porque el Señor es bueno, bendigámoslo,
Porque es eterna su misericordia
y su fidelidad nunca se acaba.

R. El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Aleluya.

Apocalipsis 7.9.14-17

Yo, Juan, vi una muchedumbre tan grande, que nadie podía contarla. Eran individuos de todas las naciones y razas, de todos los pueblos y lenguas. Todos estaban de pie, delante del trono y del Cordero; iban vestidos con una túnica blanca y llevaban palmas en las manos.

Uno de los ancianos que estaban junto al trono, me dijo: "Éstos son los que han pasado por la gran persecución y han lavado y blanqueado su túnica con la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios y le sirven día y noche en su templo, y el que está sentado en el trono los protegerá continuamente.

Ya no sufrirán hambre ni sed,

no los quemará el sol ni los agobiará el calor.

Porque el Cordero, que está en el trono, será su pastor

y los conducirá a las fuentes del agua de la vida

y Dios enjugará de sus ojos toda lágrima". Palabra de Dios.

AMBIENTE

En los últimos años del siglo primero, las comunidades cristianas de Asia Menor vivían en una situación muy precaria. Las herejías, como la de los nicolaítas (cf. Ap 2, 6. 15), inquietaron a estas comunidades y crearon un clima de confusión generalizada; por otra parte, la persecución ordenada por el emperador Domiciano supuso para las comunidades cristianas diseminadas por los territorios del Imperio Romano un gran sufrimiento a diario con el encarcelamiento y muerte de un gran número de cristianos.

En este contexto, un tal Juan, exiliado en la isla de Patmos a causa de su fe (cf. Ap 1,9), decidió escribir un libro que ayudara a sus hermanos a afrontar las dificultades internas y externas que les hacían sufrir tanto. Este libro presentaba, ante todo, una invitación a la conversión y un renovado compromiso de vivir fielmente el Evangelio (cf. Ap 2,1-3,22); también propuso una lectura profética de la historia, garantizando a los cristianos perseguidos la victoria final de Dios y de los "santos" sobre las fuerzas del mal (cf. Ap 4,1-22,5). Los creyentes que afrontaban cada día las dificultades del camino cristiano recibieron así un mensaje de aliento y esperanza. El autor del libro eligió un género literario especial, que favorece el uso de símbolos e imágenes para transmitir el mensaje. Este mensaje, comprensible para los creyentes, se volvió prácticamente incomprensible para los perseguidores.

El texto que la liturgia de este cuarto Domingo de Pascua nos propone como segunda lectura pertenece a la segunda parte del libro. Incluye una visión en la que "el Cordero" (Jesús) revela a todos los seres creados, reunidos en torno a Dios, el contenido de un libro que contiene los secretos de la historia humana. Este libro está cerrado con siete sellos. A medida que se abren los sellos, la realidad del mundo se vuelve clara para todos los presentes. La apertura del primer sello muestra a un caballero blanco, que es el Cristo victorioso, continuamente en combate contra todo lo que esclaviza y destruye al mundo y a los hijos de Dios; la apertura del segundo sello muestra la presencia de un caballero rojo, símbolo de la guerra y la violencia que conmocionan al mundo; la apertura del tercer sello muestra un jinete negro, símbolo del hambre y la miseria; la apertura del cuarto sello revela un jinete verdoso, símbolo de la muerte, la enfermedad y la decadencia; la apertura del quinto sello muestra a los mártires que sufren persecución a causa de su fe y que piden a Dios justicia; la apertura del sexto sello anuncia el "gran día de la ira" de Dios y la intervención final de Dios en la historia para destruir el mal que oprime a sus hijos; la apertura del séptimo sello muestra la batalla en la que las fuerzas de Dios derrotarán definitivamente a las fuerzas del mal.

En concreto, nuestra lectura nos sitúa en el contexto del sexto sello, el que anuncia el "día del Señor" (cf. Ap 6,12-7,17). A los mártires que claman justicia, el autor del "Apocalipsis" describe lo que resultará de la intervención de Dios: liberación definitiva, vida en abundancia.

MENSAJE

Juan, el profeta de Patmos, nos invita a contemplar "*una multitud inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua*". Esta multitud está de pie en señal de victoria, mientras participan en la victoria de Cristo sobre la muerte. Todos los que componen esta multitud están vestidos "con vestiduras blancas" y "llevan ramas de palma en sus manos" (v. 9). El blanco es el color de Dios:

son, por tanto, personas que pertenecen a Dios. Las “palmas” que llevan en las manos podrían indicar las “ramas verdes” con las que fue acogido Jesús al entrar en su ciudad santa, Jerusalén (cf. Mc 11,8-10); pero más probablemente aluden a la “fiesta de los tabernáculos” (la fiesta que conmemoraba el paso de los hebreos de la tierra de la esclavitud a la tierra de la libertad) durante la cual los israelitas entraban en el recinto del Templo cantando y agitando ramas de palmera (cf. Lv 23,40). Las ramas de palma son un símbolo de victoria, celebración y vida nueva y eterna.

Luego nuestro texto pasa directamente al verso. 14b (omitiendo los vv. 10-14a), donde uno de los seres vivientes delante del trono de Dios explica que aquellas personas “*han pasado por la gran persecución y han lavado y blanqueado su túnica con la sangre del Cordero*” (v. 14b). Son los mártires, aquellos que soportaron la persecución, pero permanecieron fieles a Jesús. Redimidos por el sacrificio de Cristo, no fueron derrotados por la muerte (v. 14).

¿Qué hacen ahora estos mártires cristianos redimidos por la sangre de Cristo? Ellos están delante de Dios adorándolo día y noche (v. 15). Libres de todo sufrimiento y de toda precariedad (“*Ya no sufrirán hambre ni sed, no los quemará el sol ni los agobiará el calor.*” – v. 16), gozan de la felicidad eterna, con Dios. El Cordero los conducirá “a fuentes de agua viva”; y “Dios mismo enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (v. 17).

Éste es un mensaje magnífico, destinado a alimentar la esperanza de los cristianos perseguidos.

A todos estos hombres y mujeres agraviados y heridos por el mal y la violencia del imperio, Juan les asegura que el nuevo y definitivo éxodo se cumplirá y que, después de la intervención final de Dios en la historia, los “santos” pasarán de la esclavitud a la plena libertad. Serán acogidos en la tienda de Dios, quedarán definitivamente libres de la muerte, del sufrimiento y de las lágrimas. Cristo resucitado es el pastor de este pueblo nuevo: él le garantizará los bienes definitivos y lo conducirá a la fuente de la que brota la vida plena y eterna.

ACTUALIZACION

* Muchos hombres y mujeres pasan por la vida enfrentándose a la indiferencia de toda la gente. Ignorados y despreciados, viven humildemente y sus nombres no quedan registrados en los libros que cuentan la historia del pueblo. ¿Sus vidas habrán tenido sentido o habrán fracasado? ¿Conoce Dios sus nombres, sus sufrimientos, sus sueños, sus obras, sus corazones? Juan, el profeta de Patmos, nos habla de un “libro” donde Dios tiene registrada la historia del mundo. En este libro están los nombres y los rostros de todos los hombres y mujeres, incluso de aquellos que aparentemente pasaron por la vida. Sus vidas no fueron en vano, porque Dios los conoce y ha tomado nota de todo lo que han pasado. Cuando, después de sus vidas de sufrimiento, se presenten ante Dios, Dios “enjugará toda lágrima” y les ofrecerá vida en abundancia. Todos los hijos e hijas de Dios están inscritos en el libro de la vida, incluso los más humildes, los más pobres, los que nunca tienen voz, los que no entran en la contabilidad de la historia que escriben los hombres, aquellos a quienes el mundo desprecia y deja abandonados a la orilla del camino de la vida. ¿Sabemos que estamos en el libro de Dios, incluso si los hombres con los que nos encontramos no nos conocen, no se fijan en nosotros, nos tratan con desprecio y borran cualquier señal de nuestro paso por el mundo?

A finales del siglo primero, los cristianos sufrimos mucho por su fidelidad a Jesús y al Evangelio. El mundo no los comprendió y el emperador Domiciano quiso eliminarlos de la faz de la tierra. Hoy, veinte siglos después, en una época de libertad y de derechos humanos, muchos cristianos siguen sufriendo cada día a causa de su fe y del testimonio que insisten en dar. A veces, la falta de comprensión del mundo hacia ellos resulta en derramamiento de sangre; otras veces en burla, escarnio, ridículo, discriminación, indiferencia. La imagen de una inmensa multitud de mártires «vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos», que «han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero», que están victoriosos ante Dios y que serán conducidos por el Cordero «a fuentes de agua viva», constituye, para todos los discípulos de Jesús, una fuente de consuelo y de esperanza. Ningún poder del mundo apartará de la vida eterna a quienes viven fieles a Jesús y a su Evangelio. Al final, cuando se ajusten las cuentas de la historia, se pondrán del lado de Dios y compartirán su victoria. ¿Será esta certeza que la Palabra de Dios

nos deja este domingo fuente de consuelo y de estímulo para nosotros en el difícil camino que recorrimos cada día?

Juan 14,27-30

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: "Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás; nadie las arrebatará de mi mano. Me las ha dado mi Padre, y él es superior a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. El Padre y yo somos uno".

Palabra del Señor

AMBIENTE

El capítulo 10 del 4º Evangelio está dedicado a la catequesis del “Buen Pastor”. El autor utiliza esta imagen para proponer una catequesis sobre la misión de Jesús: la obra del “Mesías” consiste en conducir al hombre hacia los pastos verdes y hacia las fuentes cristalinas de donde brota la Vida en plenitud.

La imagen del “Buen Pastor” no fue inventada por el autor del Cuarto Evangelio. Literalmente hablando, este discurso simbólico está construido con materiales del Antiguo Testamento. En particular, este discurso tiene en cuenta el texto de Ez 34, que contiene la clave para comprender la metáfora del “pastor” y del “rebaño”. Hablando a los exiliados en Babilonia, Ezequiel afirma que los dirigentes de Israel fueron, a lo largo de la historia, malos “pastores”, que llevaron al Pueblo por caminos de sufrimiento, injusticia y muerte; pero – dice también Ezequiel – Dios mismo asumirá ahora la dirección de su Pueblo; Él pondrá al frente de su “rebaño” un “Buen Pastor” (el “Mesías”), que los liberará de la esclavitud y los conducirá a la Vida. La catequesis que nos ofrece el cuarto Evangelio sobre el “Buen Pastor” sugiere que la promesa de Dios –transmitida por Ezequiel– se cumple en Jesús.

Según el Evangelio de Juan, Jesús habría pronunciado el “discurso del Buen Pastor” (cf. Jn 10) en Jerusalén, en el contexto de la **“fiesta de la Dedicación del Templo”** (cf. Jn 10,22). Esta fiesta (llamada, en hebreo, **“Hanûkkah”**) celebra la purificación del Templo de Jerusalén (164 a.C.), por Judas Macabeo, después de que el rey selúcida Antíoco IV Epífanés lo profanara (167 a.C.), construyendo un altar en honor a Zeus dentro del espacio sagrado. Es la fiesta de la Luz. El símbolo por excelencia de esta fiesta es un candelabro de ocho brazos (**“hanûkkiyyah”**). Los brazos de este candelabro se van encendiendo progresivamente, uno a uno, durante los ocho días que dura la fiesta. Jesús había curado, poco antes, a un hombre ciego de nacimiento, erigiéndose como “la Luz” que venía a iluminar las tinieblas del mundo (cf. Jn 8,12; 9,1-41).

A pesar del clima festivo, la relación entre Jesús y los dirigentes judíos es de gran tensión (cf. Jn 9,40; 10,19-21.24.31-39). Después de ver la presión que estos dirigentes ejercen sobre un hombre ciego de nacimiento para que no abrace la luz (cf. Jn 9,1-41), Jesús denuncia el modo como tratan a la comunidad: sólo les interesa proteger sus intereses personales y utilizar al Pueblo para su propio beneficio; son, pues, «ladrones y salteadores» (Jn 10, 1.8.10), que han tomado por asalto el rebaño que les había sido confiado y roban al Pueblo la posibilidad de encontrar la Vida.

MENSAJE

Jesús está en el templo de Jerusalén, en el Pórtico de Salomón, un gran pasaje cubierto que estaba en el lado oriental del atrio exterior del templo. Los dirigentes judíos se dirigen a Él y, para aclarar definitivamente las cosas, le preguntan directamente si Él es “el Mesías” (Jn 10,23-24). Jesús confirma implícitamente su misión mesiánica; pero advierte que cualquier declaración que haga no cambiará sustancialmente las cosas: a pesar de todo lo que ha dicho, de sus obras en favor del hombre, estos dirigentes que se le enfrentan nunca lo han reconocido como el mensajero de Dios para liberar a Israel (Jn 10,25). Dios lo envió como Pastor para dar vida a su pueblo; pero los que presiden los destinos de la comunidad judía nunca le dieron crédito, nunca quisieron seguirlo, nunca quisieron ser parte de sus ovejas (v. 26).

Los dirigentes judíos permanecen en silencio. Es cierto que nunca se mostraron disponibles para acoger a Jesús y ser parte de su rebaño. Jesús, continuando la conversación, les explica lo que significa ser parte del rebaño del cual Él es el Pastor.

Aquellos que escuchan su voz y lo siguen son parte del rebaño de Jesús. El verbo “escuchar” no implica solamente “oír con los oídos” las palabras que se dicen; pero indica acoger y custodiar en el corazón las propuestas que hace Jesús. El verbo “seguir” implica adoptar el estilo de vida de Jesús, hacerse discípulo, dejarse guiar por Jesús, siguiéndolo por el camino del amor y del don de la vida.

Aquellos que escuchan la voz de Jesús, aceptan sus propuestas y lo siguen, se unen a Jesús de un modo especial. Utilizando un lenguaje muy típico, Juan dice que Jesús “los conoce”. El verbo “conocer” indica proximidad, intimidad, familiaridad, comunión de vida y destino. Aquellos a quienes Jesús “conoce” son aquellos que están íntimamente unidos a Jesús por vínculos muy fuertes, por vínculos de amor y de afecto. Los discípulos – aquellos a quienes Jesús “conoce” – tienen una relación muy estrecha con Jesús, ven en Él su referente y lo siguen sin dudar (v. 27).

A quienes escuchan a Jesús, que se adhieren a sus propuestas, que lo siguen, que aceptan hacer de él su gran referencia, Jesús les da la vida verdadera y definitiva (“*Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás*”). Como Buen Pastor, Jesús los recrea, les da vida, los cuida, los protege, los defiende y los concede a verdes pastos y a fuentes de donde brota el agua que apaga su sed de vida. Éstos nunca se perderán, porque la vida que Jesús les da vence el poder de la muerte misma. Nada los separará del amor de Jesús (v. 28).

Aunque los líderes judíos no reconozcan a Jesús como su Pastor, Jesús seguirá cuidando de sus ovejas, de todos aquellos que lo escuchan, lo siguen y lo aman. Ésta fue la misión que recibió del Padre: suscitar el Hombre Nuevo, una humanidad recreada, que vive animada por el Espíritu de Dios. Ningún poder en el mundo podrá impedir que Jesús lleve a cabo el plan del Padre para aquellas “ovejas” (“*Me las ha dado mi Padre, y él es superior a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre.*” – v. 29). Jesús termina su conversación con los dirigentes judíos que lo acosan en el pórtico de Salomón asegurándoles que Dios está presente en Él y que se manifiesta en todo lo que hace (“*El Padre y yo somos uno*” – v. 30). Jesús y el Padre se identifican completamente. Jesús actúa en nombre de Dios para recrear y dar vida al Hombre. Quien rechaza a Jesús, rechaza a Dios mismo; quien se opone a Jesús se opone a Dios.

Los líderes judíos tienen que decidir si quieren seguir rechazando a Dios mismo. Los líderes de Israel comprenden plenamente la importancia de lo que Jesús está diciendo y la gravedad de la acusación que Jesús hace contra ellos. Su reacción es tomar piedras para matar a Jesús (v. 31). Siguen sin reconocer a Jesús como el Pastor que Dios mismo envió para pastorear su rebaño.

ACTUALIZACION

* Todos tenemos nuestros héroes, nuestros maestros, nuestros modelos a seguir. Son figuras que consideramos como referencias, figuras que respetamos y de las que esperamos orientación, figuras cuyas opiniones acogemos y seguimos. Los pueblos antiguos, todavía muy vinculados a contextos agrarios y pastorales, designaban fácilmente a dicha figura como “el Pastor” (hoy utilizamos otras palabras: “presidente”, “rey”, “director”, “superior”, “jefe”, “maestro”, “gurú”). ¿Merecen nuestra confianza todas estas figuras que admiramos y cuyas opiniones seguimos? ¿Estarán todos interesados en nuestro bienestar?

*El Evangelio de este domingo nos dice que, para los cristianos, el “Pastor” por excelencia es Jesús. Él es nuestra referencia; es en él que encontramos la vida (“*Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano*”). Es en Jesús en quien debemos confiar, es en torno a Él que debemos reunirnos, son sus indicaciones y sus propuestas las que debemos seguir. ¿Nuestro “Pastor” es precisamente Cristo, o tenemos otros “pastores” que nos guían y que son los referentes fundamentales en torno a los cuales construimos nuestra existencia? ¿Quién dicta los caminos que tomamos y los valores en los que creemos: Jesucristo? ¿El jefe que paga nuestro sueldo? ¿El presidente de nuestro partido político? ¿Algún líder de moda o algún “influencer”? ¿La cuenta bancaria? ¿Comodidad, instalación, ambición, orgullo, vanidad? ¿El aplauso de los que nos rodean? ¿Triunfo profesional a cualquier precio?

*En el cumplimiento de su misión de “Pastor”, Jesús no actúa por interés propio, sino por amor. Él no huye cuando las ovejas están en peligro, sino que las defiende y es capaz incluso de dar la vida por

ellas; Él se preocupa por sus ovejas y mantiene una relación única, especial y personal con cada una de ellas (*“Conozco a mis ovejas”*); Él no se sirve de sus ovejas, sino que las sirve y las conduce donde hay abundancia de alimento; Él cuida de cada uno de ellos, especialmente de los más frágiles y necesitados. Ahora bien, este modo de actuar de Jesús debe ser una referencia para cuantos tienen responsabilidades en la dirección y animación de la comunidad, ya sea en el contexto civil o religioso. Cuando somos llamados a la misión de presidir un grupo, de animar una comunidad, de ejercer el servicio de la autoridad, ¿cumplimos nuestra misión con total desinterés, amor incondicional y servicio desinteresado, siguiendo el ejemplo de Jesús?

*Al “rebaño” de Jesús no se entra por invitación especial, ni hay un número restringido de lugares después del cual nadie más puede entrar. La propuesta de salvación que hace Jesús está dirigida a todos los hombres y mujeres, sin exclusión. Lo decisivo para entrar a formar parte del rebaño de Dios es *«escuchar la voz»* de Jesús, acoger sus instrucciones, hacerse su discípulo... Esto significa, concretamente, seguir a Jesús, adhiriéndose al proyecto de salvación que Él vino a presentar, recorriendo el mismo camino que Él recorrió, en total abandono a los proyectos de Dios y en total entrega a los hermanos. ¿Nos atrevemos a seguir a nuestro “Pastor” (Jesús) en el exigente camino del don de la vida, o estamos convencidos de que este camino es sólo un camino de derrota y fracaso, que no conduce adonde pretendemos ir?

Nuestro texto enfatiza la identificación total de Jesús con el Padre (“Yo y el Padre somos uno”*). Los intereses del Padre son los intereses de Jesús; El proyecto del Padre es el proyecto de Jesús. La preocupación fundamental de Jesús, desde el primer momento de su camino entre nosotros, fue obedecer al Padre y cumplir el plan del Padre (*«Cuando Cristo vino al mundo, dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”»* – Heb 10,7). En todo momento, en todos sus pasos, Jesús buscó obedecer al Padre y cumplir la voluntad del Padre. De esta entrega libre, consciente y asumida se obtiene la vida verdadera y definitiva para las «ovejas» que el Padre ha confiado al cuidado de Jesús. El ejemplo de Jesús nos invita a adherirnos, con la misma libertad, pero también con la misma disponibilidad, a las propuestas de Dios y al cumplimiento del plan de Dios sobre nosotros y para el mundo. ¿Buscamos, como Jesús, discernir la voluntad del Padre y obedecer el plan que Él tiene para nosotros, incluso si eso significa abandonar nuestros esquemas personales, nuestras conveniencias, nuestros caminos particulares? ¿Creemos que nuestra obediencia al Padre resultará en algo bueno para nosotros y para los hermanos que caminan junto a nosotros?

*En nuestras comunidades cristianas tenemos personas que presiden y que animan, personas a quienes se les ha confiado el servicio de la autoridad. Podemos aceptar, sin ningún problema, que ellos recibieron esta misión de Jesús y de la Iglesia, a pesar de sus limitaciones e imperfecciones. Pero es igualmente conveniente tener presente que el único “verdadero Pastor”, aquel que nunca falla, aquel a quien estamos invitados a escuchar y seguir sin condiciones, es Jesús. Tratemos de escuchar y acoger, con humildad pero también con conciencia crítica, las indicaciones que nos dan los líderes de nuestras comunidades; pero no olvidemos compararlas, valorar su validez, con las indicaciones que nos ha dejado Jesús, el Buen Pastor, nuestro único Pastor. ¿Cómo nos posicionamos ante aquellos a quienes se les ha confiado, en la comunidad cristiana, el servicio de la autoridad?

*Para que podamos distinguir la “voz” de Jesús de otras llamadas, de propuestas engañosas, de “cantos de sirena” que no conducen a una vida plena, necesitamos un diálogo íntimo permanente con “el Pastor” (Jesús), una confrontación permanente con su Palabra y una participación activa en los sacramentos donde se nos comunica esta vida que “el Pastor” nos ofrece. ¿Procuramos mantener un diálogo frecuente con Jesús, para que siempre tengamos vivas sus instrucciones?